

todos los obispos, Iturbide y cuantos mexicanos estaban al servicio de los virreyes; en la invasión americana, el mismo que ejercía el mando supremo de la República, y ahora todos esos desgraciados que están ya preparándose para ir á besar el látigo con que les han de azotar el rostro los extranjeros.

—¿No habrá, pues, servido de nada la amnistía tan amplia que se ha dado para que todos los que quieran se presenten á defender la nacionalidad, aunque hayan combatido al gobierno? preguntó Robles.

—Se han presentado unos cuantos; pero Mejía, Márquez, Zuloaga, Cajiga, los Cobos, Vicario, Cadena, Rivas, Lozada y otros cien comandantes más, aunque ya sólo con guerrillas más ó menos numerosas, siguen merodeando por distintos lados, según veo en este mismo número del *Siglo XIX*, en que está el manifiesto, contestó Velázquez.

—Lo que siento, dijo Tapia, es que se haya dejado aquí nuestro cuerpo de guarnición.

—Por eso se llama «Fijo de México.»

—Ya nos tocará pelear á las órdenes de Zaragoza ó de algún otro jefe, contestó Velázquez; una vez que comience la guerra, sabe Dios cuándo terminará.

—Pero yo quisiera estar con el general Uraga al frente del enemigo.

En ese momento se presentó el ayudante del Batallón.

—Me alegro de encontrarlos á todos reunidos, les dijo, el coronel les manda decir que se alistén para marchar mañana.

—¿Mañana? preguntó el capitán Robles.

—Sí: nos vamos á incorporar con el contingente de Querétaro que llegó hoy, mandado por el general Arteaga.

—Ya conozco al general Arteaga, saltó diciendo Velázquez, un gordo muy vivo de genio, pero de buen fondo y todo un valiente.

Todos brincaban casi de alegría; sólo Robles estaba un poco mustio. Le preguntó Velázquez qué tenía y le contestó al oído.

—Hombre, me estoy enamorando de Elvira, y se me figura que ella va á recibir buen golpe cuando sepa que nos vamos.

—También mi Eva derramará las de San Pedro; pero hijo, ¿para qué se andan enamorando de militares, y menos en estos tiempos de revueltas?

Propuso Tapia que se fueran todos juntos á comer bien por última vez reunidos en la Capital, en una fonda, y aceptaron los otros, menos el ayudante, diciendo que todavía tenía que cumplir muchas comisiones.

—¿Y la despedida? preguntó Robles á Velázquez.

—Esa la dejamos para la noche.

—Está bien: váyanse á la fonda de la Estrella, allí los alcanzo dentro de diez minutos: quiero escribir dos letras.

Cada cual dirigió una broma al enamorado Robles, y luego se fueron riéndose á carcajadas y haciendo por las escaleras un ruido infernal.

En efecto, Robles que era cumplido caballero, juzgó necesario prevenir de su marcha á su novia Elvira, anunciándole que en la noche iría á despedirse acompañado de su amigo Velázquez.

La comida de los cuatro oficiales pertenecientes al mismo Batallón, y amigos casi inseparables, fué estrepitosa, pues que para las últimas libaciones hubo otros agregados que llevaron su contingente de noticias con referencia

á movimientos militares, á sacrificios enormes que hacía el gobierno para la defensa nacional, á lo poco prevenida que estaba la Nación para una guerra formidable, en que tan inferior se encontraba en trenes, armamento, municiones, equipo y disciplina del ejército, que debía constar de cincuenta mil soldados improvisados, no habiendo por de pronto ni diez mil en buen pié de guerra, etc., etc. ¿Por qué estos oficiales subalternos que rara vez se ocupan en otra cosa más que de ir á donde los mandan, ahora discutirían de esta manera, analizando detalles? Por dos razones muy sencillas: porque se trataba del problema de vida ó muerte para la República que andaba en todas las bocas y todos discutían, y además porque acababan de adquirir alguna experiencia en los campos de batalla en tres años de luchas en que vieron con sus propios ojos las ventajas que obtuvo siempre Miramón con menos tropas generalmente, pero bien armadas, organizadas y fogueadas. ¿De qué elementos se necesitaría para repeler la invasión de tres naciones poderosas, aunque de pronto sólo estuvieran representadas por quince ó veinte mil hombres?

No obstante, los brindis con que terminó la pequeña fiesta, fueron tan belicosos como entusiastas, y principalmente el de Robles, que dijo:

—Brindo porque el fin de esta guerra, en que muchas veces tendremos que ser vencidos, sea como el de la anterior, porque salgamos victoriosos, y que si no perdemos la vida, como no la hemos de perder, porque cosa mala nunca muere, volvamos con la banda de coroneles.

¡Cómo lo aplaudieron y cuántas veces después recordaron este brindis dicho en la víspera de los grandes acontecimientos!

La familia Fregoso estaba consternada con la noticia

de la marcha de los oficiales, especialmente Elvira y Eva.

Hacia pocos meses que los habían conocido y que los estaban tratando; pero ¡eran tan simpáticos!

La familia Fregoso se componía de las dos hermanas que hemos dado á conocer al lector, de la madre, viuda del comandante don Antonio de aquel apellido, y del joven Aurelio, de diecinueve años, cuyo sueldo en una casa de comercio, unido á los productos del trabajo manual de las tres mujeres, proporcionaba lo suficiente para que vivieran los cuatro muy modestamente, pero con descanso, ocupando su respectiva vivienda en una casa de vecindad que les ganaba doce pesos, renta equivalente entonces á la de cuarenta pesos en los tiempos en que se hace el presente relato.

Cuando nuestros dos oficiales se presentaron en la casa al obscurecer, los cuatro miembros de la familia estaban alumbrados con una lámpara en torno de la mesa redonda, Aurelio leía un libro en voz alta y la madre y las dos hijas trabajaban en sus costuras.

—Venimos á despedirnos, dijo Velázquez.

—¡Ay, sí! contestó Eva, ¡se van mañana!

Elvira levantó los ojos preñados de lágrimas y no pudo hablar. Robles tenía una de sus manos entre las suyas.

—Salimos hasta las tres de la tarde.

Entonces se siguió hablando de la vida azarosa de los militares, de los grandes peligros que iban á correr, de las pocas probabilidades del triunfo, de la miseria en que se encontraba el gobierno, de lo mal pagadas que estaban las tropas, de las pocas esperanzas que había para que regresaran á la Capital. . . .

—En eso no hay duda, exclamó Velázquez, nuestro

cuerpo es el «Fijo de México,» tenemos que volver si vivimos.

—Los nombres no significan nada, dijo la viuda, mi marido sirvió en un cuerpo que se denominaba «Rifleros» y no había allí ni un rifle.

Todos se rieron á pesar de la gravedad de las circunstancias.

En fin, ¿qué podían decir los oficiales, cuando ellos mismos veían el porvenir envuelto en sombras? Palabras, solamente palabras que se evaporaban en el vacío. ¿Los matarían? ¿no los matarían? Y en caso de que no los mataran en los primeros encuentros, que tal vez tenían que ser desgraciados por la falta de elementos, ¿en qué rincón del país se refugiarían para seguir combatiendo? Y en caso de caer prisioneros. . . .

—Hay algo en mi interior, dijo Julio Robles, que me asegura que hemos de salir con bien en esta campaña y que hemos de regresar victoriosos; pero si no fuere así, ¡qué diantres! nuestra profesión nos llama á la guerra, y tenemos que ir; y aunque no fuéramos militares, somos mexicanos, somos jóvenes, y de todas maneras el deber nos llamaría á defender la patria. Así, nada de caras tristes, ni nada de despedidas sentimentales hasta muy pronto ó hasta nunca. . . . el honor nos llama.

—Bien dicho, exclamó la viuda, lo mismo era mi marido: nunca me dejaba llorar cuando se iba á la guerra.

—¡Adios!

—¡Adios!

Y siguieron los abrazos y también las lágrimas, á pesar de las recomendaciones de la viuda y de la entereza manifestada por el futuro coronel Julio Robles.

—¿No nos hemos de ver mañana? preguntó Eva.

—Imposible, contestó Velázquez, vamos á estar encuartelados hasta la hora de la marcha alistando nuestras compañías.

—¿Quién va mandando la columna? preguntó la viuda.

—El mismo gobernador de Querétaro en persona, el general Arteaga que es el jefe del primer contingente de los Estados que ha llegado.

—Valiente, muy valiente, fué compañero de armas de mi marido.

—Nosotras iremos á verlos pasar en casa de unas amigas que viven en la plazuela de la Santísima, dijo Eva, allí les daremos el último adios, aunque sea con los pañuelos. ¿No les parece?

—Yo iré al cuartel á las dos de la tarde, dijo Aurelio.

Elvira se quedó tan triste como si hubieran muerto todas sus esperanzas ¿volvería alguna vez su amado? ¿qué vida tendría ella sabiendo que su novio estaba corriendo todos los días peligro de muerte?

La viuda trató de fortalecerlas con los recuerdos del comandante que muchas veces se había ido y había vuelto.

Al día siguiente, desde al medio día, comenzó á ponerse en movimiento la División del general Arteaga, que se componía poco más ó menos de unos tres mil hombres.

Quando el coronel del «Fijo de México» dijo á sus soldados al salir del cuartel una pequeña arenga que concluyó con estas palabras:

—¡Muchachos! vamos á defender la patria contra el invasor extranjero!

Los soldados contestaron á una voz:

—¡Viva México! ¡A la guerra! ¡á la guerra!



CAPITULO XLXIX.

En las Zullerías.

—**Q**íste, Pepa?

—Sí, señora, contestó la flacucha Pepa con los ojos brillantes, todo lo he escuchado.

—¿Y qué opinas tú?

—Opino que V. M. debe recibir bien á esos mexicanos que vienen á devolver tan voluntariamente lo que arrebataron á España.

—Ya hablaremos de eso. Ahora la única dificultad que se me presenta es que vengan personas extrañas á la hora de nuestras comidas y nuestros juegos íntimos, según la solicitud de la princesa de Metternich.

—Son unos bárbaros que se divertirán, señora.

—Quizás tengas razón, mi pobre Pepa. Además, ¡intriga ha de ser manejada á tientas, casi en la sombra, para que tenga todo el encanto del misterio.